

éxtasis frente a los fenómenos de la naturaleza y de la vida. Es como si se quedara absorta dentro de sus propios pensamientos. Una escritora de acentuada originalidad. Su obra no es sino el resultado de una armoniosa consonancia entre la ficción del arte y la realidad de su propia existencia.—LUIS DURAND.



«LA MITAD DE LA VIDA», por *Gladys Thein* (Tegualda, 1949)

La vasta labor poética que precede a esta su primera novela nos absuelve de hacer una presentación al público de la personalidad extraordinaria de Gladys Thein. Su fina sensibilidad y su intensa vida interior forman la urdimbre de su obra.

Hemos conocido y seguido con vivo interés su labor literaria y podemos decir sin ambages que con «La mitad de la vida», Gladys llega a la cumbre de su carrera.

Hemos leído a la Gladys poeta; ahora se nos presenta una novelista de acentuadas condiciones.

No era raro que su vena poética se pusiera de manifiesto; en esta ocasión hace de un aspecto de la vida un poema.

El tema de la obra es de un valor simbólico universal y marca nuevos horizontes en nuestra literatura imaginativa, tan pobre en argumentos como en imaginación.

Los personajes de gran contenido representativo están estudiados con una profundidad psicológica tal que los hace revivir ante nuestros ojos.

Es la vida trágica de una familia de la clase media en que se ven reflejados desde las preocupaciones de una niña precozmente inquieta, hasta las vicisitudes de una madre que gasta sus mejores días por ayudar a sostener un hogar cuyo jefe es incapaz de mantener.

En la pintura psicológica Gladys Thein es una maestra consumada.

Al leer «La mitad de la vida» sentimos la emoción penosa de leer nuestra propia vida, que en muchos aspectos es similar a la de la protagonista.

Aunque descuidada en la forma, el fondo ricamente inspirado en la Escuela de la vida es de un valor inconmensurable como aporte cultural y psicológico a nuestra literatura nacional.—OSCAR ESPINOSA MORAGA.



LA NOVELÍSTICA INGLESA

En su reciente TRATADO SOBRE LA NOVELA (Jonathan Cape, Londres), *Robert Liddell* recoge, ordena y comenta opiniones acerca de la elaboración literaria y la estética de los elementos del género, refiriéndolas a una interesantísima recopilación de pasajes en que Meredith, Conrad, y James, además de Gide y Proust, han estampado, sea en sus obras, sea en sus prólogos, las mismas observaciones sobre los principios y afanes que mueven al novelista.

Algunos, como Aldous Huxley, impugnan a la novela tradicional por desenvolver «anécdotas, enredos y personajes inúmeros e interminables, sin hipótesis explicativas, y supeditados a la conveniencia estética». El autor responde que la observación de la naturaleza humana da dignidad suficiente a la novela, máxime si, como afirma, se desarrolló hace cabalmente dos siglos para suceder al teatro, extinto poco antes. Si bien es innegable que los personajes y la trama de las obras policiales de la actualidad son superiores en diseño a los de Shakespeare, hay ciertos imponderables que fuerzan a reconocer al maestro. Y decimos imponderables recordando cómo Henry James, el más eximio de los artífices, hace notar que «la alusión dispersa, la palabra vaga, el eco indistinto, el vestigio de verdad, de belleza, o de realidad, apenas perceptibles al común de los ojos»,